



# Barbara Kingsolver *Conducta migratoria*



DESTINO

# Conducta migratoria

Barbara  
Kingsolver

Traducción  
de Claudia Conde

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1286

© Barbara Kingsolver, 2012

All rights reserved including the rights of reproduction in whole or in part in any form.

© Ediciones Destino, S. A., 2014  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
www.edestino.es  
www.planetadelibros.com

© de la traducción del inglés, Claudia Conde, 2014

Título original: *Flight Behavior*

Primera edición: marzo 2014

ISBN 978-84-233-4786-5  
ISBN 978-0-06-22015-2, HarperCollins Publishers, Nueva York, Estados Unidos, edición original

Depósito legal: B. 208-2014  
Compuesto por gama, sl  
Impreso por ROMANYÀ VALLS, S. A.  
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

## La medida de un hombre

Se tiene cierta sensación cuando se tira toda una vida por la borda y es en parte de euforia. O al menos así se lo parecía de momento a una mujer de cabellos de fuego que marchaba cuesta arriba al encuentro de su propio fin. No había inocencia en nada de lo que hacía. Ella misma era consciente de su propia temeridad y se maravillaba de que una chispa diminuta de entusiasmo pudiera pesar más que las densas y sofocantes consecuencias de una larga desgracia. La vergüenza y la pérdida se contagiarían también a sus hijos, y eso era lo peor en un pueblo donde todos se conocían. Incluso las cajeras adolescentes del supermercado la tratarían con frialdad después de aquello. Repiquetearían las uñas pintadas sobre el mostrador mientras ella rellenaba su cheque, contemplarían con desaprobación la harina de avena y los guisantes congelados de una familia deshecha e intercambiarían miraditas con el chico de los recados: «Es ella». ¡Cómo apreciaban todos sus vidas estables y resueltas! Hasta el día en que la esperanza desaparecía de los anaqueles en todas sus versiones, incluidas las más baratas, y entonces el corazón tenía que seguir la única instrucción que le quedaba: «Huye». Como a un animal acosado por los cazadores o a un caballo de carreras, ganar o perder le era indiferente en esa fase, porque en ambos casos habría sentido la misma agitación en la sangre y la misma respiración entrecortada. Fumaba demasiado: otra mortifica-

ción que añadir a la lista. Pero para ella la suerte estaba echada. Mucha gente elegía esa salida: miraba a la cara a los desastres futuros y los llamaba de otra manera. Ahora había llegado su turno. Podía reconocer la opresión en el pecho y llamarla dicha, en lugar de verla como la misma falta de aliento que estaría sintiendo en ese momento en su casa, cargando con la pesada cesta de la colada y comportándose como una sensata madre de familia con dos hijos.

Los niños estaban en casa de su suegra. Los había dejado esa mañana con una excusa muy poco convincente, y pensar en ello justo en ese momento podría haber acabado con ella. Sus caritas levantadas mirándola, como los redondos corazones de dos margaritas: «Me quiere, no me quiere». Tantas esperanzas depositadas en un recipiente tan precario. Siendo realistas, su familia era un siniestro total. No había mejor expresión para describirla. Como un coche estrellado contra un poste telefónico, sin nada que pudiera aprovecharse. Ningún marido que mereciera la pena perdonaría el adulterio, llegado el caso. Y, aun así, ella sentía que la misma mano cuyo contacto podía derribar todo lo que conocía la estaba ayudando a subir esa cuesta. Quizá ansiara el colapso con una avidez más fuerte que la razón.

En lo alto del prado, se apoyó en la valla para recuperar el aliento y sintió que la malla de alambre cedía levemente bajo el peso de su espalda. Estaba saltando sin red. Abrió el bolso, contó los cigarrillos y descubrió que tendría que racionarlos. No era uno de esos días que se planifican. La chaqueta de ante había sido un error: demasiado abrigada. ¿Y si llovía? Miró con disgusto el cielo de noviembre: el mismo techo graneado y sin vida que llevaba ahí toda la semana, todo el mes, desde siempre. Todo el verano. Quienquiera que estuviera a cargo del tiempo había retirado de la circulación el azul y había clavado en lo alto esa bazofia de cielo blanco sucio, como una chapucera obra de escayola. El estanque del prado

parecía reflejar más luz de la que el cielo podía ofrecerle. Las ovejas se amontonaban en torno a su resplandor, como si ellas también hubieran renunciado al sol y se conformaran con una segunda opción. Pequeños charcos titilaban a lo largo de la carretera 7 en dirección a Featherstown y también en sentido contrario, en dirección a Cleary, donde una larga hilera de baches relumbraba con brillo acuoso.

Las ovejas en el prado, al pie de la colina. Las tierras de la familia Turnbow. La casa blanca de madera de la que no se había apartado ni una sola noche en más de diez años de matrimonio. Y eso era todo: la versión de su vida en pantalla panorámica desde los diecisiete años, sin contar las breves excursiones al hospital para parir. Por lo que parecía, aquel día iba a salirse del cuadro para diferenciarse así de las desafortunadas ovejas que permanecían de pie en el fango, rodeadas de los hoyos de sus propias huellas —como marcas de zapatos de tacón—, soportando los malos tratos de la vida. Habían cargado la pesada lana durante todo el bochorno del verano y, ahora que ya casi era invierno, las iban a trasquilar. La vida para ellas era una larga proposición que siempre las cogía por sorpresa. Su prado parecía anegado. En el campo adyacente, el huerto que laboriosamente habían plantado los vecinos el año anterior se estaba muriendo bajo la lluvia. Desde lo alto, todo le pareció fijo y extraño, incluso su casa, probablemente debido al punto de vista. Estaba acostumbrada a mirar hacia afuera por esas ventanas y nunca hacia adentro, dada su compañía habitual de personitas que hacían rodar camiones de plástico por el suelo. Ciertamente, nunca había subido hasta esa altura para evaluar el estado de su mundo doméstico. El estado del tejado no era nada alentador.

Su coche estaba aparcado en el único lugar del condado donde no podía dar pábulo a las habladorías: el sendero de su garaje. La gente conocía aquel monovolu-

men y, aun así, lo seguía considerando propiedad de su madre. Era lo único que había rescatado de su muerte: cuatro ruedas poco fiables, adecuadas para hacer recados cortos con los niños. A cambio, tenía que soportar la inquietante sensación de que su madre se montaba aún en el coche, acomodaba su menudo cuerpo entre las sillas de seguridad de los niños y se estiraba por encima de ellos para echar la ceniza del cigarrillo por la ventanilla abierta. Pero ahora no pensaba en nada de eso. Esa mañana, después de dejar a los niños con Hester, había pisado a fondo el acelerador durante todo el kilómetro de vuelta a casa, sintiéndose ligera y temblorosa como una cometa. Había entrado en la casa sólo para cepillarse los dientes, quitarse las gafas y ponerse delineador. No le hizo falta ningún preparativo más para salir corriendo por la puerta trasera, a destrozar su reputación. Las eléctricas pulsaciones del deseo retumbaban por su cuerpo, como la alarma de un despertador que se dispara al amanecer y pone irremediamente en marcha los sucesos del día.

Se abrió camino por el barro pisoteado, a lo largo de la valla, levantó la cadena de la puerta metálica y pasó al otro lado. Más allá de la valla comenzaba un vulgar descampado de hierbas y arbustos espinosos, atravesado por un viejo camino en desuso que discurría entre una maraña de frambuesos silvestres. En los últimos tiempos, había llegado hasta ahí solamente una vez, dos veranos atrás, para recoger frambuesas con Cub y varios amigos de su marido. No había sido idea suya, ni mucho menos. Estaba como un tonel, embarazada de Cordelia, y había pensado que si se ponía de parto, iba a tener que parir allí mismo, entre las zarzas. Por eso sabía exactamente qué junio era. Preston debía de tener cuatro años. Lo recordaba agarrado de su mano, como si de ello dependiera su vida, mientras los amigos de Cub los asustaban a los dos con historias de serpientes. Observó en ese momento que los tallos leñosos de los frambuesos tenían un color

extraño para una planta. No sabía nada acerca de la naturaleza, pero ¿rosa fuerte? Era el color del pintalabios escarchado que habría querido ponerse una niña de trece años. Ella se había saltado esa fase del rosa y había pasado directamente al Coral Inmoral y al Rojo Llévame al Huerto.

Los arbolitos dispersos se convirtieron en un bosque donde los árboles aferraban en los puños las últimas hojas del verano. Por alguna razón, se puso a pensar en la mujer de Lot, la de la Biblia, que se volvió para echar una última mirada a su casa. ¡Pobre mujer, convertida en estatua de sal por una desobediencia tan nimia! Pero ella no echó la vista atrás, sino que se encaminó hacia el bosque por una carretera llena de rodadas que la familia de su marido siempre había llamado «el camino grande» y que, en cierto modo, era «el buen camino». Claro que sí. Iba por el buen camino hacia la perdición. No había reparado en la ironía mientras preparaba el plan. La carretera que subía por la falda de la montaña debió de trazarse mucho tiempo atrás, para los leñadores, y el bosque había vuelto a crecer. A veces Cub subía con su padre en el quad, por ese mismo camino, hasta el cobertizo desde donde cazaban pavos salvajes. O, mejor dicho, solían subir unos cuantos años antes, cuando el peso combinado de los dos Turnbow, padre e hijo, era unos treinta kilos inferior y cuando los dos usaban los pies para algo más que para enmarcar la pantalla del televisor. Es posible que incluso entonces la carretera estuviera medio abandonada, porque recordaba que solían llevarse la sierra mecánica para despejar el camino.

En aquellos tiempos, Cub y ella subían solos hasta allí de vez en cuando, para ir supuestamente «de picnic». Pero no habían vuelto a subir desde los nacimientos de Cordie y Preston. Había sido una locura sugerir como lugar de encuentro el cobertizo que la familia usaba para cazar pavos. «Un nido de amor», pensó ella con las pala-

bras de una novela romántica. «Un lugar cochambroso para hacer cosas sucias», pensó también con las palabras de su suegra. ¿A qué otro sitio podrían haber ido? ¿A su dormitorio, donde habrían tenido que ponerse en situación entre camisas de trabajo tiradas por el suelo y bajo la atenta mirada de una Barbie con una pierna de menos? Ni pensarlo. El Wayside Inn, el motel de la carretera, era un sitio deprimente ya de entrada, antes incluso de empezar a disfrutar de los beneficios del pecado. Mike Bush, en el mostrador de recepción, la habría saludado llamándola por su nombre: «¿Cómo está, señora Turnbow? ¿Qué tal están los niños?».

De pronto, el camino se volvió confuso, bloqueado por un montón de ramas. Lo atravesaba la copa de un árbol caído, tan inmenso que tuvo que trepar y pasar entre las ramas, que aún conservaban algunas hojas húmedas adheridas. ¿Sabría él encontrar el camino o se echaría atrás al toparse con ese muro vegetal? Le dio un vuelco el corazón ante la sola idea de perder esa oportunidad. Cuando consiguió pasar, consideró la posibilidad de quedarse a esperarlo. Pero él conocía el camino. Le había contado que también había subido a cazar pavos desde ese mismo cobertizo unos años atrás. Con sus amigos. Nadie a quien conocieran Cub y ella. Gente más joven, seguramente.

Entrechocó las palmas para despegarse la grava mojada y se puso a observar el cadáver del monstruo caído. El árbol estaba intacto, ni talado ni roto por el viento. ¡Qué desperdicio! Después de siglos de sobrevivir, simplemente había dejado de agarrarse al suelo. El ancho puño de su masa de raíces yacía, desgarrado y desnudo, sobre una zanja de arcilla en la ladera boscosa. Igual que ella, que parecía haberse soltado de la base de su vida. Con tanto llover sobre mojado, en todo el condado estaba pasando lo mismo. Lo había leído en el periódico: árboles colosales que caían por la noche y destrozaban el

tejado de la casa familiar o aplastaban el coche aparcado en el sendero. La tierra absorbía el agua hasta convertirse en una esponja blanda, y entonces los árboles se desplomaban. Cerca de Great Lick, toda una ladera de bosque añoso se había desmoronado a la vez, provocando un alud de troncos astillados, rocas y fango. La gente estaba desconcertada, incluso algunos hombres como su suegro, que solían comentar «Eso no es nada» cuando oían las noticias más terribles y pretendían haberlo visto todo. Pero nadie había visto nada parecido y todos lo reconocían. Quizá pensaran que, en una época tan extraña, Dios estaba prestando atención y no dejaba pasar ninguna mentira.

La carretera subía abruptamente hacia la cresta de la montaña y se perdía en un simple sendero. Todavía faltaba más o menos un kilómetro y medio, calculó ella. Intentó apresurar el paso, imaginando que la larga melena rojiza balanceándose sobre su espalda le daría un aire atlético, aunque en realidad le dolían los pies tremendamente, lo mismo que los pulmones. Botas nuevas. Otro desastre para añadir a la lista. Las botas eran de piel de becerro auténtica, hechas a mano, de color marrón oscuro y terminadas en punta lustrosa. Eran tan preciosas que casi se había echado a llorar cuando las había descubierto en la tienda de ropa de segunda mano, mientras buscaba algo decente para ponerle a Preston cuando empezara el jardín de infancia. Costaban seis dólares y estaban casi nuevas, con las suelas casi intactas. En el mundo había alguien que podía dar un paseo corto con unas botas nuevas carísimas y después desecharlas, sólo porque sí. No eran exactamente de su número, pero le sentaban tan bien que las había comprado de todas formas. Era lo primero que se compraba para ella en más de un año, sin tener en cuenta los productos de higiene. O los cigarrillos, que seguramente no contaban. Le ocultó las botas a Cub sin ninguna razón, excepto quizá para darles más

valor. Para que fueran sólo suyas. En el curso normal de la vida familiar, le arrebatan casi todo de las manos: el peine, el mando a distancia, el centro más tierno del sándwich, la última Coca-Cola, que llevaba toda la tarde esperando abrir... Una vez había soñado que unos pájaros le arrancaban mechones de pelo para fabricarse nidos rojos.

Pero Cub no se habría fijado en las botas si se las hubiese puesto, ni tampoco había tenido ella ocasión de ponérselas. Entonces ¿por qué se las había calzado esa mañana para recorrer un camino enfangado en el otoño más lluvioso de la historia? Tenía hojas negras pegadas al cuero repujado, como escamas de pez, hasta media pantorrilla. Pero llevaba mucho tiempo viendo ese día con los ojos de la mente, como una película que repusieran sin cesar. Por eso se había puesto esas botas. Con el cerebro infrautilizado, funcionando a diario en un ambiente que olía a orina y puré de plátano, las fantasías eran de las pocas cosas que tenía en abundancia. Se las podía permitir. Cuando se ponía a fabricar seriamente una fantasía, pensaba sobre todo en los besos, pero también en otros detalles, como el escenario y la ropa. Quizá fuera ésa la diferencia entre el modo de fantasear de los hombres y el de las mujeres: la ropa, presente o ausente. Las botas de piel de becerro formaban parte de la fantasía, lo mismo que la chaqueta de ante que le había prestado Dovey, su mejor amiga, y la bufanda de felpilla roja que llevaba anudada al cuello. Cosas que se iría quitando despacio. También había imaginado que haría frío, como realmente hacía. Sus pensamientos desbocados no habían borrado por completo los inconvenientes. Las mejillas arreboladas, las manos de él alisándole el pelo naranja sobre las sienes... Todo formaba parte de la fantasía. Esa mañana se había puesto las botas como si hubiera recibido instrucciones escritas.

Y ahora estaba en una situación comprometida, pero

aún no había cometido ningún crimen imperdonable. Nunca había conseguido estar más de diez segundos a solas con él, detrás de algún establo o una valla metálica, escondidos a la vuelta de la esquina del lugar donde había dejado el coche, con los niños atados al asiento con los cinturones de seguridad, discutiendo a voces. «Si todavía los oigo, es que están vivos.» No era un pensamiento muy favorable para el romanticismo. Sin embargo, la anticipación de verlo le ponía la piel de gallina. Sus ojos como el cristal ambarino de una botella de cerveza. Su cara llena de hoyuelos. Su sonrisa, que rimaba con *brisa*. Su forma de cogerle la cara con ambas manos —¡Dios santo!—, mirándola a los ojos y frotándole las puntas del pelo entre el pulgar y el índice, como si estuviera contando dinero. Esos momentos de éxtasis la llevaban a sentarse en el suelo del armario, noche tras noche, para tontear con él por teléfono mientras su familia dormía con los ojos dulcemente cerrados. Mientras ella susurraba en la oscuridad, las camisas de trabajo de su marido le acariciaban con indiferencia la coronilla desde sus perchas, casi como hacía el propio Cub cuando ella se sentaba en el suelo con el bebé mientras él ocupaba todo el sofá para ver la televisión, sin prestar atención a sus tormentas internas. Cub funcionaba a cámara lenta. Su blanda gentileza era simplemente el material del que estaba hecho, como la composición de una prenda de vestir, y ella lo sabía. A veces una mujer tiene que soportar las cosas sin quejarse, pero esa forma de ser de Cub lo hacía parecer tonto como una vaca y a ella la ponía furiosa. Todo lo que hacía la fastidiaba. Como cuando permitía que su madre le diera órdenes y le dijera que no dejara nada en el plato o que se metiera la camisa por dentro del pantalón, como si fuera un niño de cien kilos. O la vergüenza que le producía su apodo. Podría haber sido *Burley Junior* si se hubiera empeñado, pero sus padres y el resto del pueblo lo llamaban *Cubby* («Cachorrito»),

como si aún fuera un niño, porque a su padre, que también se llamaba Burley Turnbow, lo apodaban *Bear* («Oso»). Un cachorro tenía que crecer, pero con veintiocho años, él seguía esperando en la puerta de la madriquera familiar, con los hombros encorvados y expresión meditabunda, apartándose el flequillo rubio de los ojos. Ahora iba a tener que soportar el bochorno de la conducta de su mujer o no enterarse. ¿Por qué tenía que seguir queriéndola tanto?

A ella misma la sorprendía su propia traición. Era como ver por televisión una versión enloquecida, impareable y ligeramente más mona de sí misma, haciendo cosas que nadie habría hecho en una vida normal, sin seguir un guión, como poner a Cordelia a dormir la siesta antes de hora, mientras Preston estaba en el parvulario, para poder disponer de un minuto de trato íntimo con un hombre que no era su marido. La necesidad de llamarlo era más fuerte que la de fumar, como si una sirena le aullara al mismo tiempo en los dos oídos. Más de una vez había pasado por delante de su casa después de decir a los niños, que iban en el asiento trasero, que había olvidado algo y tenía que volver al supermercado. Les decía que iba a buscar helados o polos para que no se quejaran, pero incluso un niño de cinco años podía ver que el camino que seguían no era el del supermercado. Preston había llegado a expresar sus sospechas desde su asiento elevado, que le permitía ver algo más que los árboles y los postes del teléfono.

El «hombre del teléfono», como llamaba ella a su obsesión —su nombre era demasiado vulgar; nadie destrozaría su vida por un Jimmy—, no era realmente un hombre hecho y derecho. Veintidós años, le había dicho él, y probablemente estaba exagerando. Vivía con su madre en una caravana y pasaba los fines de semana haciendo las cosas que interesan a la población masculina de su edad, como mezclar cerveza con sierras mecánicas o cer-

veza con tiro al blanco. No tenía ninguna excusa para arruinarse por alguien que quizá no tenía edad para comprar legalmente la cerveza que bebía. Pero ansiaba aliviar el loco anhelo que sentía. Se había encaprichado otras veces de otros hombres, pero ahora lo sentía como un asunto de vida o muerte, sobre todo cuando estaba en la cama al lado de Cub. Había probado a tomarse uno de los tres o cuatro Valium que quedaban en el frasco que le habían recetado diez años antes, cuando había perdido a su primer bebé. Pero la pastilla no le había hecho nada, probablemente estaría caducada, como todo lo de esa casa. La semana anterior se había pinchado el dedo adrede con una aguja, mientras le cosía un parche a un pijama de Cordie, y se había quedado mirando la sangre que le brotaba de la piel, como un ojo granate que le devolvía la mirada. Todavía le dolía la herida. Mortificación de la carne. Pero nada de eso impidió que siguiera pensando en él, ni que marcara impulsivamente su número de teléfono, ni que hiciera planes, ni que pasara con el coche por delante del lugar donde él le había dicho que iba a estar trabajando, solamente para verlo encaramado al poste, con su arnés de cuero. Un extraño giro del azar lo había puesto en su camino la primera vez: un árbol se desplomó un día sin viento y arrastró consigo los cables del teléfono, justo delante de su casa. Cub y ella no tenían teléfono fijo, de modo que el problema ni siquiera era suyo, pero había que reconectar las líneas caídas.

—Para la gente que todavía depende de los cables —le había explicado Jimmy con una sonrisa maliciosa. Y todo lo que vino después había sido absurdo, como una lluvia torrencial en una semana con pronóstico de sol radiante que anega los campos y destroza los mejores planes. Es inútil culpar a la lluvia o al barro, que no son más que elementos. El desastre son las expectativas frustradas.

Y allá iba ella, arriesgándolo todo, con la menuda

barbilla levantada, andando desarmada hacia la refriega. Sufrimiento, familia rota. Quiebra económica. No imaginaba cómo se las iba a arreglar para conseguir dinero si Cub la dejaba. No había tenido un empleo ni había hablado regularmente con otros seres humanos desde que había cerrado el Feathertown Diner, cuando estaba embarazada de Preston. Nadie volvería a darle un trabajo de camarera. Se pondrían de parte de Cub, y la mitad del pueblo diría que lo había visto venir, sólo porque la gente disfrutaba con todo tipo de desastres. «Ya era así en el colegio.» «Siempre pasa lo mismo con las guapas.» «Las primeras en florecer son las primeras en echarse a perder.» Dirían lo mismo que su suegra le había dicho a Cub: «Esa Dellarobia es una buena pieza». Como si fuera parte de un vestido cuyas piezas estuvieran distribuidas encima de una mesa, con alfileres clavados aquí y allá, medio montado a partir de un patrón con errores de fábrica. ¿Qué pieza le faltaría a ella?

Probablemente, más de uno querría dar su opinión al respecto. Le faltaba la pieza que piensa en el futuro, desde luego. Una ama de casa sin empleo ni cualificaciones que tira todo por la borda para correr detrás de un chico bien parecido, incapaz de mantener a sus hijos, actuando como si el futuro no existiera. Aun así, él la miraba como si estuviera dispuesto a traerle las manzanas de oro o el río Mississippi. Cuando le rodeaba los tobillos o las muñecas con los dedos, como una pulsera, admirando su tamaño diminuto, hacía de ella una joya cara y no una mujer sin importancia. Nadie la había escuchado como él la escuchaba. Ni tampoco nunca la habían mirado así, ni le habían tocado el pelo con reverente asombro, tratando de describir su color: entre una señal de stop y un atardecer, le había dicho él. Entre el rojo de los tomates y el de las mariquitas. Y su piel. «Bombón», la llamaba él.

Nadie la había llamado nunca de ninguna manera, excepto por su nombre de pila, que era lo primero que

había soltado su madre para el certificado de nacimiento, convencida de que era bíblico, medio atontada por la anestesia. Más adelante se dio cuenta de que se había equivocado. No aparecía en la Biblia, sino que lo había oído en una clase de manualidades, en el Club de Mujeres. Cuando lo encontró en una ilustración, en una revista de labores, le gritó a su hija que lo fuera a ver. Dellarobia tendría entonces unos seis años y aún recordaba la fotografía de la «guirnalda al estilo Dellarobia»: una amalgama de piñas y bellotas pegadas sobre una base de poliestireno.

—En cualquier caso, es algo bonito —había insistido su madre.

Pero la caída en desgracia parecía presagiar futuros acontecimientos. Su conducta hasta ese momento no había sido la prescrita por su Salvador. Excepto en lo referente a casarse joven, por supuesto. Ésa era la voluntad del Señor para todas las chicas con grandes sueños, pero sin planes concretos, sobre todo cuando había un bebé en camino. El bebé que no llegó a ser del todo, al que nunca pudo ver, el monstruo. La enfermera de prematuros le había dicho que tenía el cuerpo cubierto de un vello raro y muy fino, rojo como su pelo. Preston y Cordelia, que llegaron más tarde, fueron rubios los dos, cortados por el mismo patrón que los Turnbow; pero aquel primer bebé, envuelto en su pelambre roja, era malo y salvaje como ella. Había obligado a dos adolescentes atónitos a casarse a toda prisa y se había marchado después con una carcajada, dejándolos varados. Varados y buscando otro bebé durante cinco años, para llenar un hueco que nadie se había propuesto abrir.

El movimiento de algo le llamó la atención y le hizo desviar la vista hacia arriba. ¿Cómo era posible que una agitación tan insignificante captara tanto la atención? No era casi nada, apenas una mota naranja suspendida sobre las copas de los árboles que surcaba el cielo por en-

cima de su cabeza y derivaba hacia la izquierda, donde la ladera caía abruptamente a un lado del sendero. Hizo una mueca, pensando en fantasmas pelirrojos. Inventarse cosas no era propio de ella. Fijó la mirada en el sendero, decidida a no levantar la vista. Estaba perdiendo la batalla contra la montaña; iba jadeando como una oveja. Un álamo junto al camino la invitó a hacer un alto. Se recostó contra la suave corteza y se protegió del viento con las manos para encender el cigarrillo que llevaba media hora deseando fumar. Inhaló por la nariz, contó hasta diez y entonces cedió y volvió a mirar hacia arriba. Sin las gafas, le llevó un momento localizar y enfocar la forma movediza, pero seguía ahí, dejándose arrastrar por el viento sobre el terreno ondulado: una mariposa naranja en un día de lluvia. Su incongruente impetuosidad la hizo pensar en los pasatiempos de los libros infantiles en los que hay que descubrir al intruso: una manzana, un plátano y un taxi. Un amable granjero, una mujer casada con dos hijos y un atractivo hombre del teléfono. Mientras terminaba el cigarrillo, observó la mota de color intenso que sobrevolaba el barranco y después, con mucho cuidado, apagó la colilla con la bota. Cuando echó a andar de nuevo, ajustándose la bufanda alrededor del cuello, bajó la vista al suelo y no volvió a levantarla. «Más le vale a ese chico que esto merezca la pena», pensó. No era el pensamiento más romántico del mundo, pero quizá era una señal de que estaba recuperando la cordura.

La última parte del camino era la más empinada, o al menos eso recordaba de sus escapadas de estudiante. ¿Quién podría olvidar una cuesta que rompía los tobillos? Rocosa, empinada y oscura. Había llegado a la parte del bosque que la gente solía llamar «la granja de los árboles de Navidad», porque tiempo atrás habían plantado allí muchos abetos con algún propósito que nunca llegó a conseguirse. De pronto, el aire le pareció más frío.

El bosque de abetos tenía su propio clima espectral, como si le irritara que no le prestaran atención. ¿En qué habría estado pensando para sugerir ese cobertizo de caza como lugar de encuentro? El romanticismo le parecía tan inalcanzable en ese momento como en cualquier otro día de cargar bebés y recoger muñequitos del suelo. Podía haberse facilitado las cosas y haber ido a destrozarse la vida a un motel de carretera, como cualquier persona sensata, pero no. Tenía las piernas cansadas y le dolían las nalgas. Sentía que se le estaban formando ampollas en los dos pies. Las botas que esa mañana le habían parecido adorables ahora le resultaban idiotas, con sus taconcitos pensados para menear el trasero enfundado en unos vaqueros y no para caminar de verdad. Empezó a andar con cuidado, considerando lo mucho que un esguince de tobillo le empeoraría el día. El sendero era un caos de piedras sueltas, casi vertical en algunos puntos y tan lleno de rodadas que tenía que agarrarse a las ramas para mantener el equilibrio.

Con alivio, llegó a un tramo de terreno llano, tapizado de agujas pardas de abeto. Pero algo oscuro se cernía en una rama tendida sobre el sendero. Un avispero fue lo primero que le vino a la cabeza, o un enjambre de abejas en busca de un nuevo hogar. Lo había visto antes. Pero el objeto no zumbaba. Se acercó lentamente, con la esperanza de pasar cuanto antes por debajo, sin importarle si lo identificaba o no. Tenía un contorno erizado, como un manojo de hojas muertas o una piña invertida, pero mucho más grande. «Como un armadillo en un árbol», pensó ella sin la menor idea del tamaño que podía tener un armadillo. Estaba cubierto de escamas y acababa en punta por debajo, como si tuviera la consistencia de un jarabe y pudiera empezar a rezumar en cualquier momento. No le apetecía mucho pasar por debajo. Por segunda vez deseó no haberse olvidado las gafas en casa. Estaba bien ser vanidosa, pero ahí, en medio de la natu-

raleza, era necesario ver bien. Forzó la vista para distinguir mejor las ramas oscuras, iluminadas a contraluz por el cielo pálido. El ángulo la hizo sentirse un poco mareada.

El corazón se le aceleró. Había objetos similares por todas partes, colgando como gigantescos racimos de uvas de todos los árboles que alcanzaba a ver. «Hongos» fue la palabra que le vino a la cabeza y que hizo que la boca se le torciera en una mueca de disgusto. Estaban apareciendo muchas enfermedades nuevas en los árboles. Se lo había oído decir a Cub. Los veranos lluviosos y los inviernos benignos de los últimos años habían traído nuevas plagas que, al parecer, se estaban comiendo el bosque. Se ciñó un poco más la chaqueta y pasó a toda prisa por debajo de la cosa erizada, agachando la cabeza, aunque el objeto se encontraba por lo menos tres metros por encima del sendero. Un metro y medio por encima de ella. Aun así, su cuerpo se estremeció y se pasó los dedos por el pelo, pensando, sin embargo, que era una niñería tener miedo del hongo de un árbol.

El tiempo no se decidía entre el frío y el calor. En la penumbra del bosque de abetos, hacía frío. Los hongos le recordaron que tenía que frotar las cortinas de la ducha con detergente para quitarles el moho, uno de los grandes acontecimientos de su vida. Trató de no pensar en eso y de concentrarse más bien en el premio que le esperaba al final del ascenso. Lo imaginó aguardándola de pie delante del cobertizo y se vio a sí misma sorprendiéndolo por detrás, visualizando la imagen de su trasero enfundado en unos vaqueros. El hombre del teléfono le había prometido que subiría temprano si podía e incluso le había insinuado que tal vez la esperara desnudo, con un edredón grande y mullido, y una botella de vino espumoso Cold Duck. Ella, que llevaba varios años alimentándose de los potitos y los zumos que dejaban sus hijos, se emborracharía en diez minutos. Volvió a estre-

mecerse y rezó para que fueran los temblores del deseo y no el frío de un día húmedo o el miedo a los hongos de los árboles. ¿Por qué tenía que ser tan difícil notar la diferencia?

El sendero salía de la penumbra hacia un luminoso mirador que daba al lado abierto de la ladera, y allí tuvo que pararse en seco. Había algo que no cuadraba. O que simplemente era raro. Las copas de los árboles por encima de su cabeza estaban cargadas con las mismas masas amarronadas, pero eso era lo de menos. La vista a través del valle era desconcertante e irreal, como una película de ciencia ficción. Desde el mirador, se veía la ladera de la montaña vecina, de arriba abajo, y en toda esa vertiente, el bosque estaba densamente poblado por esas cosas erizadas. Los abetos en la lejanía neblinosa no se parecían a nada de lo que había visto hasta entonces; tenían las ramas caídas y bulbosas. Los troncos y las ramas más gruesas presentaban un aspecto escamoso y moteado, como si estuvieran cubiertos de copos de cereales para el desayuno; y ella, que era madre de dos niños pequeños, había visto muchas cosas cubiertas de copos de cereales. Casi todo el bosque que alcanzaba a ver, desde el valle hasta la cresta montañosa, parecía alterado y pálido, con el color pajizo de las hojas muertas. Eran árboles perennes. Su color debería haber sido el verde oscuro. Y lo que se veía no eran hojas. Se movía. Las ramas parecían temblar. Dio un paso atrás sin proponérselo, para alejarse del mirador y de la visión inquietante de los árboles, aunque estaban muy lejos, al otro lado del aire tenue del barranco. Metió la mano en el bolso en busca de un cigarrillo, pero se controló.

Un leve desplazamiento de las nubes alteró la luz del día, y todo el paisaje se intensificó, iluminándose ante sus ojos. El bosque reverberaba con un fuego interior.

—Dios mío —murmuró ella, pero no para pedir ayuda (no estaba en muy buenos términos con su Salva-

dor), sino para apuntalar su voz en el mundo, porque ninguna otra cosa en ese instante parecía tener sentido.

El sol asomó un poco más, acarició el mundo con su calor y toda la montaña pareció reverberar en un estallido de luz. Un brillo de renovada intensidad ascendió por el valle en ondas concéntricas, como cuando un guijarro perturba la quietud de un estanque. Cada rama ardía con un fulgor anaranjado.

—Dios mío —volvió a susurrar ella.

Habría sido incapaz de describirlo con palabras que parecieran sensatas. Árboles incendiados, arbustos en llamas. Le vinieron a la cabeza Moisés y Ezequiel, y unas palabras de las Sagradas Escrituras que ocupaban cierto espacio en su mente, pero ya no parecían tener sentido, si es que alguna vez lo habían tenido: «Brasas ardientes o teas encendidas se movían entre los seres vivientes».

De pronto, le pareció que las llamas se levantaban de algunos árboles aislados, formando lenguas de chispas anaranjadas que estallaban como los leños de pino al remover una hoguera. Las chispas ascendían en espiral hacia el cielo, en remolinos semejantes a tornados. Vórtices de luz sobre un cielo gris. A plena luz del día, sin entender nada, ella miraba. Desde lo alto de los tornados, las chispas subían todavía más y surcaban el cielo por encima del bosque oscuro, sin dirección.

Un incendio forestal habría rugido, pero esa desolación estaba consumiendo la montaña en absoluto silencio. El aire seguía frío y despejado. No había humo, ni crepitaciones, ni chasquidos. Dejó de respirar un segundo y cerró los ojos para escuchar, pero no oyó nada. Sólo un levísimo repiqueteo, como de lluvia sobre las hojas. «No hay fuego», pensó. Pero sabía que sus ojos, cuando los abriera, le dirían: «¡Fuego, fuego! El bosque se está incendiando. Huye ahora mismo de aquí». ¿Hacia abajo o hacia arriba? No estaba segura. Echó un vistazo a la oscura incertidumbre del sendero y al abismo infran-

queable del valle. Veía lo mismo en todas partes. Todos los árboles estaban ardiendo.

Se tapó la cara con las manos e intentó pensar. Estaba a varios kilómetros de sus hijos: Cordie, con el pulgar en la boca; Preston, con los ojos de largas pestañas fijos en el suelo, absorbiendo la culpa como una esponja, aunque no hubiera hecho nada malo. Sabía muy bien cómo serían sus vidas si ella sufría un accidente mientras iba al encuentro del pecado. Hester los abrumaría por siempre jamás con la vergüenza. O peor aún. Podían creer que se había marchado y los había abandonado. Nadie pensaría en ir a buscarla a la montaña. Se le llenó la cabeza con el vocabulario del periodismo de sucesos: «las piezas dentales de la víctima», «sus allegados», «sus restos calcinados hallados entre las cenizas».

Y Jimmy. Se obligó a pensar en su nombre: era una persona y no sólo el destino de su trayecto. Jimmy, que quizá ya estuviera allá arriba. Y en ese simple segundo, la preocupación se le desprendió como una mota de ceniza mientras veía por primera vez la realidad de ese día. Para ella, era el fin de toda la comodidad y la seguridad conocidas. Para él, algo completamente diferente, una especie de juego. Nada que fuera a cambiarle la vida. «Nos marcharemos juntos», había pensado ella. Pero ¿adónde? ¿A la caravana de su madre? De alguna manera, ese hombre se había convertido en todo su mundo, y ella no había sabido tomarle la medida. No era un niño ni un padre de familia, sabía trepar por los postes del teléfono y sabía marcharse cuando era preciso. En cuanto se oliera un problema, bajaría por el otro lado de la montaña y se iría a su casa. De eso no le cabía la menor duda. Tenía el instinto de los jóvenes. Se presentaría a trabajar antes de que nadie se diera cuenta de que había pedido un día de baja por enfermedad. Si después ella aparecía en las noticias como un cadáver chamuscado, él mantendría en secreto la historia de ambos para no perjudicar a

su familia. O al menos eso diría. Era increíble lo que había estado a punto de hacer. Palideció ante las dimensiones que había alcanzado su estupidez, enorme y sin vigas maestras, que podía desmoronarse como la carpa de un circo.

Estaba sola allá arriba, mirando unos árboles en llamas. Las volutas de la fascinación rodearon el miedo. No era un incendio forestal. Se sintió invadida por la silenciosa euforia de la huida, aunque sabía que no era necesario huir, y se maravilló por el modo en que podía entenderse a sí misma, en soledad. No recordaba la última vez que había tenido tanto espacio para existir. Aquello no era otro falso eslabón añadido a la pobre cadena de acontecimientos de su vida, la misma que la había llevado a escaparse con las botas que otra había desechado. Era el final de todo eso. Una belleza de otro mundo se había aparecido ante ella, una visión de gloria que la había obligado a detenerse. Sólo para ella se levantaban esas ramas anaranjadas, sólo para ella se habían convertido en luz resplandeciente las sombras alargadas. Parecía el interior de la alegría si es que alguien podía verlo. Un valle de luces, un viento etéreo. Seguramente quería decir algo.

Podía salvarse, podía salvarse a sí misma y también a sus niños, de suaves mejillas y aliento lechoso, que confiaban en lo que tenían, aunque toda su felicidad y su fortuna dependieran de una madre con la cabeza en otra parte. No era tarde para reparar el error, para bajar la cuesta y reunirse con ellos. Los árboles en llamas estaban ahí para salvarla. Era la convicción más extraña que había tenido en su vida y, aun así, no dudaba en absoluto. No era supersticiosa. Había conocido la mala suerte y le daba lo mismo pasar por debajo de una escalera que rodearla. No se consideraba excepcional, ni creía ser tan importante para Dios como para que Él se tomara el trabajo de conjurar maravillas o enviar señales solamente

para ella. Lo único que la diferenciaba de los demás era la desmesura de su infernal obsesión. Y para poner freno a algo tan descomunal, hacía falta una zarza ardiendo. El fuego se combate con fuego.

Sus ojos le seguían enviando señales de peligro al cerebro, como cuando se dispara la alarma de un coche en un aparcamiento desierto. No les hizo caso porque de momento había asimilado una fórmula vital que iba más allá del miedo y la seguridad. Sólo se preguntaba cuánto tiempo más podría contemplar el espectáculo sin darse la vuelta y marcharse. Era un lago de fuego, algo mucho más feroz y maravilloso que el fuego y el agua por sí solos. Algo imposible.

El tejado de su casa, cuando volvió a verlo, todavía presentaba las manchas oscuras de las tejas rotas, y su coche seguía en el sendero donde lo había dejado. Con la mente en llamas y los pies inseguros por lo que acababa de ver, intentó mirar la casa y su revestimiento vinílico con los ojos de quien había recibido una revelación. Lo que había atrapado su atención allá arriba, fuera lo que fuese, le había parecido violento como una inundación, suficientemente poderoso para alabear el oscuro tejado y levantar las esquinas blancas de su hogar y su seguridad. Pero no, todo seguía ahí. La vida que poco antes había dado por muerta la estaba esperando. Las ovejas continuaban en sus puestos, reunidas de dos en dos o de tres en tres. El huerto de melocotoneros del vecino se seguía pudriendo en su cuadrícula perfecta, dejando al descubierto la agotada suerte de otra familia. Ni una sola cosa en el mundo de Dios había cambiado, pero había cambiado todo. O quizá estaba soñando. Había bajado de la montaña en menos de la mitad del tiempo que había tardado en subir, pero ese paréntesis le había bastado para poner en duda el día completo: lo que había planeado, lo

que había visto y lo que no había hecho. Todas y cada una de esas cosas eran enormes. ¿Qué pasaría si todo quedaba en nada? Una vida medida en monedas de cincuenta centavos, cupones recortados y esperanzas sacrificadas entre paredes sin impermeabilizar. Se había decidido por la pérdida y el desgarró como alternativa, pero era posible que hubiera otras opciones. Un lago de fuego la había hecho volver en busca de algo.

¿De qué? De un jardín sembrado de juguetes de plástico gastados y de un césped raquítico sin apenas tierra para crecer por culpa de las prisas con que su suegro había allanado la parcela. De un rosal descuidado junto al porche que Cub le había regalado para el Día de la Madre, porque había olvidado que las rosas la entristecían.

El Ford Taurus gris metalizado seguía en el sendero, aparcado con prisas y de cualquier manera, con las llaves puestas en el contacto, donde siempre las dejaba, como si hubiera alguien en la casa que pudiera conducirlo. Oyó una vez más el sonido metálico, como de un tubo cayendo al suelo, que sonaba cuando metía la primera marcha. No podía ser más tedioso ni más familiar. Igual que todo lo demás. Cuando salió a la carretera y encendió la radio, la tristeza la inundó como el agua. Kenny Chesney la estaba esperando agazapado, listo para entonar con su voz meliflua que quería saber qué se sentía cuando era para siempre y decirle que se fuera galopando. La apagó sin más. Entró en el sendero de sus suegros y vio enseguida la vieja casa, con dos ventanas sin cortinas en la planta alta que siempre le recordaban las órbitas vacías de una calavera. Los macizos de flores de Hester se habían disuelto bajo la lluvia incesante del verano, igual que el huerto. Hacía nada que habían empezado a enlatar los tomates y ya no había más tomates que enlatar. Los famosos rosales de Hester tan sólo eran protuberancias espinosas cubiertas de moho. A Hester sí que le gustaban

las rosas. A Dellarobia, en cambio, su olor empalagoso y su facilidad para perder pétalos le traían a la memoria los funerales de sus padres.

Cuando salió del coche, distinguió un solo detalle de color vivo en todo el jardín delantero: un diminuto calcetín verde lima tirado en el peldaño de piedra donde esa misma mañana se le había caído a ella cuando había dejado a los niños. Lo levantó y se lo guardó en el bolsillo mientras subía la escalera, incómoda por tener que volver a enfrentarse a la mujer que ella misma había sido hasta hacía unas pocas horas, una mujer agonizante. Abrió la puerta sin llamar.

La recibieron los olores de un interior abarrotado: a perro, a alfombra y a leche derramada. Sintió el emocionante alivio de ver la sonrisa de sus hijos, como en las horas posteriores a un accidente de tráfico que podría haber sido mucho peor. Estaban los dos juntos, sentados en el suelo del cuarto de estar, convertidos en la imagen del más completo abandono. Con la cabeza apoyada sobre los ricitos de Cordie, Preston la rodeaba con sus brazos y le sostenía delante un libro ilustrado. Los collies se habían situado a los lados, tumbados pero con la mirada alerta, como un par de protectoras esfinges. Cuando entró, todas las miradas volaron hacia ella, que llegaba ansiosa de rescatar a sus hijos, pero no veía a la abuela por ninguna parte. Las lastimeras cejas oscuras de Preston eran idénticas a las de su padre, como trazadas con una regla a través de la frente. Cordelia le tendió las dos manitas y se echó a llorar con una mueca desoladora que dejaba a la vista los dientes inferiores. El runrún de la televisión en la cocina se interrumpió bruscamente, y Hester apareció por la puerta, vestida todavía con el albornoz y con el largo pelo gris enrollado en rulos de gomaespuma rosa. En nombre de sus hijos, Dellarobia la miró con gesto ofendido, probablemente una versión con menos dientes de la mueca de Cordie. ¡Ni que le pi-

diera a su suegra que cuidara a sus hijos todos los días de la semana! Ni siquiera se lo pedía una vez al mes.

Hester se cruzó de brazos.

—No te esperaba tan pronto. Como siempre vas de aquí para allá...

—Gracias por no quitarles la vista de encima, Hester.

—Fui solamente un minuto a la cocina —se defendió ella, señalando la puerta con la cabeza.

—Está bien, está bien. No te preocupes.

Dellarobia sabía que cualquier tono que utilizara con Hester estaría mal. Las conversaciones con ella la dejaban agotada, incluso antes de empezar.

—Iba a calentar unos filetes de pollo y unas verduras para el almuerzo.

«¿Para el almuerzo de quién?», se preguntó Dellarobia. Por lo visto, ese almuerzo iba a requerir algo más que dientes de bebé, por no mencionar cierta habilidad con el cuchillo. Pero no dijo nada. Las dos se volvieron para mirar a Cordelia, que estaba de pie en precario equilibrio, con la cara roja y llorando a gritos. Estaba mojada y probablemente llevaba toda la mañana así. El bulto de los pañales dentro del pelele amarillo era del tamaño de una calabaza. No era de extrañar que le costara mantener el equilibrio. Dellarobia aspiró una vez más el humo del cigarrillo mientras intentaba decidir si era mejor cambiar a Cordie allí mismo o marcharse cuanto antes.

—No deberías fumar delante de los niños —declaró con voz rasposa su suegra.

Y eso lo decía la mujer que probablemente le había echado el humo a Cub en la carita enrojecida a los dos minutos de nacer.

—¡Oh, no! ¡Yo jamás haría eso! Yo solamente fumo cuando me tumbo a tomar el sol en la Riviera.

Hester cruzó una mirada con Dellarobia y se puso a

estudiar las botas y la bufanda de felpilla con cara de asombro.

—¡Qué arreglada vas! ¿Qué te ha dado?

Dellarobia se preguntó si su aspecto delataba cómo se sentía: como una mujer que huía de un incendio.

—Preston, cariño, dile adiós a la abuelita.

Se puso el cigarrillo entre los dientes para poder acaballarse a Cordelia sobre una de las caderas, coger a Preston de la mano y conducir a su familia hacia un lugar mejor.